FELIPE DUGIOLS

Su defensa

Publicamos, sin comentario alguno, el siguiente documento, tan honroso para el interesado como para el país en que nació.

Dice así:

«D. Luis Roig de Lluis, Comandante del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, defensor del Sr. Coronel de Infanteria D. Felipe Dugiols Balanzátegui en la causa que se instruye por la retirada de las fuerzas de la columna del Excmo. Sr. General de Brigada D. Ricardo Monet desde Macabebe á Manila, al Consejo de Guerra respetuosamente expongo:

Que nunca podré obtener nombramiento que más halague mi amor propio, que el que en mi favor se ha dignado hacer el Coronel Dugiols al encomendarme su defensa ante este respetable Consejo que ha de juzgarle, y fundo mi aserto al considerar que, sin tener yo méritos para ello, confía en mí un jefe como Dugiols de brillante historia militar, de intachable honradez, encanecido en el servicio, veterano de las guerras de África y civil, que ha ganado en nuestra pasada campaña en Filipinas á más de un nombre que todos repetían con admiración y respeto, el más preciado galardón que puede anhelar el militar español: la cruz laureada de San Fernando. Yo más que otros puedo vanagloriarme de ser elegido por Dugiols para defenderle, porque combatiendo á sus órdenes he tenido la suerte de conocerle y de apreciar su entereza, su valor sereno, sus singulares dotes de mando y, sobre todo, la grandísima influencia que ejercía sobre sus subordinados, los cuales sentían redoblar su ardor y sus energías viendo la conducta de su jefe al ir al combate y su heroísmo en la contienda, formando tal concepto de mi defendido, que siempre procuraré inspirarme en el ejemplo que me

ha dado. Al propio tiempo me siento poseído de temor, presuadido de que mis esfuerzos para cumplir con la noble misión del defensor, no corresponderán á los merecimientos de quien me ha confiado su honor de soldado, por lo cual no puedo menos de rogaros, señores Generales, tengais en cuenta la insuficiencia de esta defensa, comparada con la que exige la historia militar de mi defendido.

Dice el Sr. General Fiscal en su acusación al folio 810 «que sea absuelto libremente el Coronel Dugiols por no encontrar el Fiscal méritos para pedir condena.» No puedo conformarme con la absolución solicitada á mi ver con cierta tibieza y sin una afirmación categórica que disipe hasta la menor sospecha de la culpabilidad de mi defendido. Este, que á pesar de su edad ya avanzada, ha resistido toda la campaña sin que ni los rigores de un clima tropical mortífero, ni las privaciones naturales de la guerra en país como Luzón de limitados recursos, ni los sufrimientos de la azarosa vida del soldado en las operaciones hicieran mella en su robusta naturaleza, se ha sentido enfermo y dominado por la amargura al ver que á su regreso á la madre patria, en vez del descanso al que tan legítimo derecho había adquirido, le esperaba la vergüenza de verse envuelto en un proceso, del que tanto se ha hablado, exagerando y desfigurando los hechos con la intención aviesa de asestar profunda herida al honor del Ejército, que si mucho ha sufrido cuando su heroísmo, por causas que no son de este lugar, se estrellaba ante el alzamiento en masa de una raza favorecida por una guerra exterior, sufre aún más al ver que en la propia patria hay quienes parecen gozar en lastimar los sentimientos más íntimos de lo que un moderno escritor militar francés ha llamado con justa razón el alma del Ejército.

Digo esto, porque los comentarios acerca de la famosa retirada de Macabebe han sido tales que han motivado se extraviara la opinión pública, interpretando torcidamente hechos dignos de todo encomio y desfigurando otros hasta convertirlos en punibles, llegando algunos á creer, y otros á sostener con empeño, que los jefes de la columna del Sr. General Monet, no habían cumplido con su deber, y lo que es peor aún, ni intentado siquiera cumplirlo. Relacionada íntimamente la conducta de todos aquellos jefes con la de mi defendido, considero un deber de justicia protestar de las calumniosas versiones que referentes á su proceder han circulado, sobre todo teniendo en cuenta que uno de ellos ha fallecido en el transcurso de este largo procedimiento y era acreedor á que su memoria se conserve libre de toda mancha.

Descrita en esta causa con todo género de detalles la retirada de Macabebe, me ocuparé de ella con la brevedad posible en lo que concierne á mi defendido.

El día 25 de Mayo de 1898, hallándose en Alaminos, provincia de Zambales, el Teniente Coronel Dugiols recibió la orden del Sr. General Monet de retirarse con su columna á San Fernando de la Pampanga, donde se hallaba establecida la comandancia general del Centro de Luzón. En dicho punto se enteró el citado señor General el día 29 de Mayo de que una Compañía del Batallón de Cazadores núm. 8, que desde San Fernando había salido aquella mañana con dirección á Manila haciendo uso de la vía férrea, se hallaba en la estación de Malolos sitiada por numerosa partida de rebeldes, á la que se habían unido los voluntarios movilizados de diversos pueblos. Para libertar á la mencionada compañía salió el General Monet con 200 cazadores del 9 mandados por el Teniente Coronel Dugiols, llegando á Malolos el tren que los conducía á las tres de la tarde, siendo recibida la tropa al descender de los vagones con descargas de los rebeldes, las cuales ocasionaron el natural desorden en los primeros momentos de sorpresa. Rehechas las fuerzas, viendo Dugiols que los insurrectos se hallaban sólidameme atrincherados y causaban por momentos numerosas bajas á la reducida columna española, reune 60 hombres, y con ellos atravesando zanjas llenas de agua y marrotales espesos consigue flanquear una por una las 10 trincheras que interceptaban el camino desde el paso á nivel de la vía férrea hasta el pueblo de Malolos, derrotando al enemigo y ocasionándole crecido número de bajas aunque á costa de muy sensibles en nuestras fuerzas.

Después de tomado el pueblo, dispuso el señor General Monet el regreso á San Fernando, que se verificó inmediatamente llevando los muertos y heridos; pero escasamente á unos dos kilómetros habían cortado la vía los insurrectos, siendo necesario detenerse cuarenta y ocho horas en medio de una laguna para recomponer aquella avería, llegando á San Fernando por la mañana del día 2 de Junio. Por la noche tuvo noticia el Comandante General de haberse sublevado en el pueblo de Angeles los voluntarios movilizados y para batirlos envió al Teniente Coronel Dugiols con 200 cazadores y algunos voluntarios de Macabebe, pues en la crítica situación que se atravesaba era de capital importancia no permitir la existencia de núcleos rebeldes en los pueblos próximos á la cabecera militar de la provincia. Al llegar la pequeña columna á

la vista de Angeles fué recibida a tiros desde las casas de las afueras del pueblo. Entonces destacó Dugiols dos guerrillas por ambos flancos, mientras él atacaba de frente las trincheras que cerraban la principal avenida del pueblo, consiguiendo expulsar de ellas á aquellos desleales que abandonaron el pueblo perdiendo en la retirada ocho fusiles y una caja de municiones.

Desde Angeles dió cuenta mi defendido del resultado de esta operación, solicitando se le autorizara para subir hasta Tarlac á recoger aquél destacamento, al cual no había sido posible comunicarle la orden de retirarse; pero negada dicha autorización y ordenándosele en cambio el inmediato regreso á San Fernando, salió con sus reducidas fuerzas para este punto en la madrugada del día 4, pero no pudo llegar hasta las diez de la mañana por haber tenido que recomponer desperfectos causados en la vía férrea por el enemigo. Al presentarse al señor General Monet, recibió Dugiols la orden verbal de que tan pronto como hubiera comido el rancho la fuerza saliera con ella en dirección á Bacolor, cabecera de la provincia, pueblo que se hallaba en completa rebelión, del cual debía apoderarse, incendiándolo después con objeto de hacer señalado escarmiento. Los insurrectos habían hecho prisionero el destacamento de voluntarios macabebes que guarnecía Bacolor y después de desarmarlos pusieron en libertad y armaron á los presos de la cárcel pública. A las dos de la tarde, con 400 hombres entre cazadores y voluntarios macabebes salió el Teniente Coronel Dugiols para Bacolor, encontrando á menos de una legua de San Fernando cortado un puente de madera y cerrando el camino más allá una formidable trinchera, que era preciso tomar á viva fuerza; envuelto dicho obstáculo con bastante trabajo por tener que marchar las fuerzas por terrenos cenagosos completamente anegados, se logró expulsar de aquella posición al enemigo, que perseguido, se refugió en Bacolor, incorporándose al grueso de su gente. Fué necesario dejar ocupado en el trayecto un punto de gran importancia para la retirada, quedando encargado de defenderlo y de la custodia de los muertos y heridos el entonces Comandante D. Roberto White. Con el resto de la columna siguió Dugiols á Bacolor, en cuyos barrios extremos, considerable número de rebeldes perfectamente armados y con algunos pequeños cañones esperaba tras sólidas trincheras la llegada de nuestra fuerza. Cinco horas de continua lucha, en la que abundaron rasgos de heróico valor sostuvo la columna, que tuvo muchos muertos y heridos al romper aquella primera línea defensiva del

pueblo, causando tan duro escarmiento al enemigo que no se atrevió á sostenerse en las muchas defensas construidas hasta la entrada del pueblo. A las ocho de la noche cayó Bacolor en poder de las tropas españolas que lo encontraron abandonado, y recuperaron algunos oficiales é individuos del destacamento que en su huída olvidaron los rebeldes. Después de entregar á las llamas el pueblo, cumpliendo la orden recibida, regresó la columna á San Fernando con su numeroso convoy de muertos y heridos, quedando el Teniente Coronel Dugiols con sus cazadores en este punto á disposición del señor General Monet hasta que se desarrollaron los acontecimientos que han originado este proceso.

El día 13 se reunió la Junta de jefes tantas veces citada en esta causa para resolver acerca del abandono de San Fernando, con objeto de cumplimentar las órdenes del General en Jefe, de procurar llegar á Manila con las fuerzas á toda costa. Se acordó, en vista de no ser posible emprender la marcha por tierra, ir á Macabebe, donde se hallaban los cañoneros que habían podido sustraerse del desastre de Cavite. Dispuesta la salida de San Fernando, se emprendió la marcha á las cinco de la mañana del siguiente día, yendo los jefes con sus fuerzas respectivas. La impedimenta era considerable por ser muchos los heridos en los anteriores combates y por el gran número de enfermos, mujeres, niños, frailes, paisanos, comerciantes y empleados civiles, que huyendo de los rebeldes se habían refugiado en San Fernando y se retiraban con la columna á Manila. Mandaba el Teniente Coronel Dugiols la vanguardia compuesta de cazadores y voluntarios, sumando unos 200 hombres. Al llegar á la mitad del camino de San Fernando á Santo Tomás, el enemigo, oculto detrás de una trinchera que cortaba el camino real, rompió el fuego contra la columna. Tomada al arma blanca este obstáculo se refugiaron los rebeldes en una ermita, rompiendo de nuevo el fuego desde dicho edificio y la estación del ferrocarril, tratando otros núcleos de envolver la columna protegidos por los accidentes del terreno. Destacados unos flanqueos, esperaba el Teniente Coronel Dugiols que hubieran avanzado lo suficiente para atacar él la ermita y la estación, pero como el terreno era de arrozales y la tropa por hundirse en ellos tardaba en avanzar, se impacientó el General Monet y ordenó cargara la caballería por la carretera; no hizo más que llegar esta fuerza á la extrema vanguardia, cuando recibió unas nutridas descargas que la hicieron retroceder á la desbandada arrollando á los cazadores; intentó el enemigo aprovechar aquellos momentos de con-

fusión, y arremetió contra la columna con verdadera furia, arrollando á los flanqueos y haciendo retroceder al resto de la vanguardia. En aquellos críticos instantes, cuya gravedad aumentaba la presencia de las mujeres y niños, que con sus gritos y llantos contribuían á desmoralizar á la tropa, rehace su gente Dugiols en un momento, la infunde nuevos brios con su pasmosa serenidad y su gallardía y puesto á su frente, animándola con su ejemplo, la precipita contra el envalentonado enemigo, le arrolla causándole numerosas bajas, le desaloja de sus posiciones y salva la columna y su importante convoy que ya se consideraba perdido, mereciendo ser recompensado su denuedo con la más elevada recompensa militar, la cruz laureada de San Fernando. Después de este brillante hecho de armas, llegó la columna Monet al barrio denominado Minalín, donde pernoctó, embarcando en los cañoneros que el 16 la condujeron á Macabebe. Allí casi sitiados por el enemigo, que disponía de algunas piezas de artillería, permanecieron nuestras fuerzas hasta el día 24. A las tres de la tarde de este día, llamó el Sr. General Monet al Teniente Coronel Dugiols, para decirle que puesto que los insurrectos no cejaban en sus propósitos de apoderarse del pueblo, había resuelto embarcar aquella misma noche para Manila acompañando á la familia del Gobernador General, dejando encargado del mando de las fuerzas al Sr. Coronel Francia, y al Coronel de los voluntarios de Macabebe D. Eugenio Blanco, de disponer las barcas necesarias, y en condiciones de navegar, para que al día siguiente pudiera salir la tropa á bahía á encontrar los cañoneros que habrían de conducirla á Manila. Semejante disposición, no le pareció bien al Teniente Coronel, y así se lo manifestó al señor General Monet, principalmente, por el efecto desmoralizador que podría causar en la tropa el saber la marcha de su General, pero este señor contestó, que en vista de que la familia del Gobernador General corría grave riesgo de caer prisionera, y temiendo la impresión que esto pudiera producir en Manila, tanto si la apresaban los americanos como los tagalos, no tenía más remedio que ponerla en salvo y á nadie quería confiar tan delicada misión. Calló el Teniente Coronel Dugiols, y aquella misma noche salió para Manila en una barca la familia del Sr. General Augustin, acompañada del General Monet y sus ayudantes».

(Se concluirá)

FELIPE DUGIOLS

Su defensa

(CONCLUSIÓN)

«Al amanecer del día siguiente, mientras los macabebes contenían al enemigo desde las trincheras del pueblo, la tropa, que no llegó á tomar el rancho, emprendió la marcha al embarcadero, en el sitio denominado Balete, donde, según aseguró el Coronel Blanco, todo estaba dispuesto, cuando en realidad solo se encontró una banca capaz de contener treinta personas. Al ver ésto, volvieron á Macabebe el Coronel Francia y el Teniente Coronel Dugiols para enterar al Coronel Blanco de lo que ocurría y, aprovechando su influencia en la comarca, ver el modo de proporcionarse las embarcaciones necesarias; en unión de los dos jefes citados fué el Coronel Blanco hasta mitad del camino, dió en tagalo órdenes á unos indios, dijo que todo se arreglaría y regresó á Macabebe. Todo el día y toda la noche del 25 transcurrieron buscando bancas y sacando á flote un gran casco que se hallaba varado. Al amanecer del 26, no se habían reunido aún bastantes bancas para dar cabida relativamente bien á la gente, por lo cual se llegó á pensar en el regreso á Macabebe, á lo cual se opuso enérgicamente el Teniente Coronel Dugiols; pues aun cuando como declara el Sr. General Monet á los folios 117 á 125, tenían todavía los soldados casi completa la dotación reglamentaria de cartuchos y existía además un repuesto que permitía poder dar 30 ó 40 cartuchos más por plaza, y el espíritu era excelente, una vez agotadas las municiones, lo que no hubiera tardado mucho en suceder, no hubiera cabido más solución que la de entregarse, por lo cual se decidió embarcar como fuera posible, amontonando la gente en

las embarcaciones disponibles. Al llegar á la vista de los cañoneros á la orilla de un barrio, llamado Butuan, volcó una banca ahogándose 7 cazadores. Desembarcó la gente en este barrio, pernoctó en inmundas cabañas de pescadores, comiendo apenas y sin poder beber por ser salada el agua de los esteros. Por la mañana volvió la fuerza á embarcar en el casco que se había logrado poner á flote, en otro que tenían los marinos, en los cañoneros y en algunas bancas, dirigiéndose la expedición á otro barrio, donde se recogió otro casco cargado de leña para embarcar en él á la gente que iba en las bancas, puesto que no era posible por los motivos que en el curso de este procedimiento se han alegado tantas veces, hacerse con ellas á la mar, dado el estado agitado de la bahía, lográndose al fin colocar toda la fuerza en los cascos. Abandonadas las bancas, por inútiles, echaron á pique los marinos dos de sus barcos, conservando sólo dos botes; se amarraron los cascos unos tras otros y puestos á remolque del cañonero *Leyte* se empezó á navegar muy de mañana el día 28 de Junio. En bahía, á eso de las diez, paró máquina el cañonero, en el cual por orden expresa del Coronel Francia, como consta en su declaración al folio 779, habían embarcado todos los jefes, á quienes manifestó el Comandante del buque, Teniente de Navío, Sr. Peral, que dado el estado sumamente agitado del mar, le era de todo punto imposible continuar dando remolque á los cascos sin exponerles á un seguro desastre, añadiendo que no veía más solución que la de dejar fondeadas aquellas embarcaciones con las mayores seguridades posibles, mientras él salía en demanda de auxilios á Manila á poder ser, y si no á la escuadra americana. Nadie con más autoridad que dicho Oficial de la Armada podía apreciar las dificultades técnicas y prácticas que ocurrían para continuar un remolque dificilísimo, toda vez que los cascos carecían de timones por haber tenido que desarmarlos á causa del tamaño de las palancas que los movían, habiéndolos arrojado al mar á fin de poder dar cabida á la gente. No les quedó más remedio á los jefes que conformarse con lo irremediable, puesto que las circunstancias así lo exigían, quedando voluntariamente con los cascos el Teniente Coronel Dugiols al ver que el Coronel Francia disponía se sortease un jefe, á lo cual se opuso mi defendido alegando que como la mayor parte de la fuerza era de su batallón, él se quedaría gustoso acompañándola. No fué posible por el estado del mar que los cascos sin gobierno se aproximaran al cañonero porque se hubieran destrozado, así es que á pesar de su nobilísimo deseo, sólo pudo el

Teniente Coronel Dugiols arrojarse desde la popa del *Leyte* á uno de los botes que atracó, aprovechando el momento en que un golpe de mar lo levantaba, tirándose también al mismo bote el Comandante de *El Arayat* Sr. Ceanovivas. La gente que presenciaba todo esto, sin comprender lo que ocurría, se reanimó al oir á su Teniente Coronel que les gritaba: «Yo me quedo con vosotros, muchachos», tranquilizándose al saber el por qué de la marcha del cañonero, cuyo Comandante aseguró antes de partir, que los auxilios necesarios para sacar á los cascos de aquella situación llegarían á las cinco de la tarde como plazo máximo. Voluntariamente y gustoso, como he dicho, quedó Dugiols y así lo declaran todos, acompañando de cerca á sus desgraciados soldados ya que no podía reunirse á ellos, como se prueba en el curso de esta sumaria, consolando con su presencia á aquellos infelices que llevaban tres días sin comer apenas y padeciendo intensa sed, amontonados en los cascos que poco á poco se iban llenando de agua en medio de los horrores de un temporal que arreciaba por momentos, mientras veían perderse en lontananza el cañonero que para ellos era la única esperanza de vida. Parecía que la fatalidad perseguía y se cebaba en aquella pobre gente. Por momentos aumentaban los furores del mar; un viento desencadenado con toda la violencia de los baguíos de aquellas latitudes redoblaba la intensidad del peligro; la lluvia torrencial propia de la estación había acabado de calar hasta los huesos á aquellos desgraciados soldados, que metidos en agua hasta la cintura en unos cascos y hasta el pecho en otros, sintiendo aterirse de frío sus miembros, tenían que hacer terribles esfuerzos para resistir los embates de las olas y la furia del viento huracanado que amenazaba volcar los cascos. Para aligerar estos se hizo necesario arrojar al mar parte del armamento y municiones; pero aún esto resultó inútil breve tiempo después. ¡Horrenda situación la de aquellos infelices, víctimas del furor de los elementos! Para describrirla y pintar con todo su horror la amargura de su jefe se necesitaría la fantasía creadora del Dante. Transcurría el tiempo; la noche empezaba á envolver con sus sombras aquel cuadro trágico; por momentos subía el agua en los cascos y nuestros pobres soldados, sin poder sentarse y sin fuerzas para sostenerse de pie, víctimas del cansancio, del hambre y la sed, se veían obligados á achicar el agua con las manos y los sombreros, luchando contra los elementos en la más espantosa situación en que fuerzas armadas se habrán encontrado probablemente. La noche, negra como el porvenir

que les aguardaba, hizo perder de vista unos cascos de otros. El tiempo pasaba; aumentaba el temporal y los auxilios esperados con tanto afán no llegaban. Dugiols que siempre fué para sus soldados, que adoraban en él, mucho más que su jefe, luchaba con la desesperación, sir ver los cascos y temiendo á cada instante que un violento golpe de mar abriera aquellas míseras embarcaciones y sumergiera su preciosa carga en el abismo. Pasada la media noche, declara el teniente de navío Sr. Ceanovivas, á los folios 86 al 91, que manifestó que aquella situación no podía prolongarse más tiempo y que era preciso á toda costa una resolución enérgica para salvar la vida de aquellos oficiales y soldados, para lo cual no tenían más remedio que procurar llegar á Manila y pedir socorro, pues al ver que el *Leyte* no regresaba, ignorando por qué causas, era seguro que no se conocía en la capital el inminente peligro en que se hallaban tantas vidas. Aseguraba Ceanovivas que no podía responder, ni mucho menos, de llegar á Manila, pues la pequeña embarcación que les conducía ofrecía poca seguridad y que era necesario que Dugiols le acompañara, para que si ocurría un naufragio hubiese probabilidades de que alguien se salvase, por más que aunque hubiese intentado Dugiols embarcarse en los cascos no habría podido efectuarlo. Bien comprendía todo mi defendido, pero una terrible lucha estalló en su alma entre la necesidad absoluta de marchar á Manila y el dolor de separarse de sus fieles soldados, de aquellos compañeros esforzados y generosos que tantas veces condujo á la victoria, con los cuales compartió siempre glorias y fatigas y de cuya suerte hubiera querido participar hasta el fin. Nada podía hacer allí por aquellos infelices, más que morir con ellos; marchando á Manila, quizás pudiera salvarlos. Convencido al fin resolvió aquel terrible conflicto entre dos deberes, pero no quiso partir sin decírselo y á voces que sin duda apagó el ruido del huracán, gritó que marchaba en demanda de socorro, seguido del otro bote, hecho que el capitán más antiguo, en un parte dado cuando estaba prisionero, calificó de huida, calificación que honra muy poco á quien la produjo, pues conocía de sobra á su jefe para no ignorar que calumniaba al que cien veces se jugó con sublime desprecio la vida y que con su conducta había demostrado que sucumbiría antes que huir, prefiriendo la muerte del valiente á una vida manchada por la vergüenza de no haber sabido morir á tiempo. Verdad es que este capitán llando D. José del Moral al ampliar su parte, en declaración que obra en este proceso al folio 656 vuelto, dice que dada la edad de

Dugiols no podía haber subido á los cascos. Sin embargo, su primer parte que se hizo publico, ha contribuido mucho á perjudicar la reputación de los jefes de la columna Monet y en especial la de mi defendido, por más que éste sabe que los que le conocen jamás abrigaron la menor duda acerca de su comportamiento.

En su dictamen al folio 115 pregunta el señor Auditor General, á quién hizo entrega Dugiols del mando de las fuerzas al separarse de ellas, pregunta fácil de hacer sin duda, pero aquella crítica situación no permitió hacer una entrega como deben hacerse en circunstancias mucho menos anormales; había en los cascos Capitanes de diferentes cuerpos y no era posible averiguar sus antigüedades para proceder con arreglo á Ordenanza; así, pues, si no se verificó una formal entrega de mando fué porque hubo imposibilidad absoluta de efectuarla.

La travesía á Manila tenía que ser cerca de la costa, desde la cual al despuntar el día empezaron á tirotear los insurrectos obligando á los pequeños botes á internarse en el mar, y era tal el oleaje que hizo perder á los expedicionarios la esperanza de poder continuar el viaje. Negábanse los marineros á remar porque ya no podían más, extenuados por la fatiga, el hambre y la sed. «Terrible situación la nuestra» escribía Dugiols al narrar estos sucesos, «el oficial de marina y yo, nos veíamos obligados á halagarles unas veces y á amenazarles otras para que hicieran un último y desesperado esfuerzo recordándoles aquellos pobres, que, allá en los cascos, esperaban nuestro auxilio». Por fin, después de angustiosa travesía creyendo perecer ahogados á cada instante, á las cuatro de la tarde, apenas divisaron la primera bandera española embarrancaron los botes en la arena saltando á la playa con el agua hasta la cintura nuestros expedicionarios, presentándose en seguida el Teniente Coronel Dugiols al General en jefe, al que expuso la situación en que quedaban las fuerzas. Dicha superior Autoridad manifestó que ordenaría se preparasen embarcaciones con víveres para ir en socorro de los náufragos; pero aquellas, con las cuales pidió Dugiols salir en busca de su columna, tardaron en partir y no encontraron los cascos en el sitio donde habían estado fondeados.

Sólo me resta para terminar, manifestar al respetable Consejo, que no habiendo intervenido para nada el Teniente Coronel Dugiols en los preparativos ni en la retirada de Macabebe, lo único que cabe discutir es su separación de las fuerzas embarcadas en los cascos fondeados en la bahía de Manila. Que no pudo embarcar en ellos está

harto probado en el curso de este proceso, así como que su marcha á Manila fué debida únicamente á la necesidad de procurar salvar á su gente por el único medio racional que podía llevarse á efecto en aquella situación y no al afan de salvar su persona, pues un jefe como Dugiols, que hizo sus primeras armas bajo el sol abrasador de Africa en la memorable campaña de 1860, veterano de la guerra carlista, que posee una hoja de servicios honrosísima, que derramó su sangre por profunda herida recibida en el ataque de las posiciones de San Marcos al levantar el sitio de Irún, que curado vuelve al teatro de sus hazañas, y merece que un General distinguido encomie con especial interés su comportamiento al Gobierno de S. M; un Jefe que en la campaña de Filipinas se cubre de gloria en cuantos combates toma parte, no puede ser sospechoso jamás de apreciar su vida más que su honor. Díganlo si no los soldados que capitaneó en las gargantas del Puray; díganlo sus hechos de armas en Morong, Tanay, Bosoboso en el río Nangca y en los montes de San Mateo; díganlo los Generales á cuyas órdenes ha servido, y dígalo en fin, el dignísimo y valeroso Capitán General Marqués de Peñaplata, buen juez en la materia, que le conoce de antiguo y no se cansa de repetir: «Como Dugiols, pocos; es un valiente y un modelo en todo.»

Su comportamiento posterior á estos sucesos, confirma cuanto he dicho. Testigos presenciales, refieren que en el sitio de Manila, al recibir Dugiols el mando de parte de las tropas que defendían la ciudad, fué acogido con verdadero entusiasmo por los soldados, que se manifestaban orgullosos al verse mandados por el Teniente Coronel del 9, y en uno de los muchos ataques en que indios y americanos fueron rechazados, fuerza de un sector se distinguió sobremanera cargando al enemigo; al verle huir decían los soldados: «¿Cómo no han de correr los americanos, si les ataca el Teniente Coronel del 9?» El hombre que merece de sus jefes y subordinados tan envidiable concepto, cumple siempre con su deber y, sobre todo, no sabe huir.

Creo bastante depurada la conducta de mi defendido para pediros, Señores Generales, la absolución del Coronel Dugiols; pero no la absolución que solicita el señor General Fiscal, sino una absolución con todos los pronunciamientos favorables, que disipe toda sospecha, que sea tal, en fin, que Dugiols pueda levantar con orgullo su noble frente, y que este proceso constituya para él un recuerdo del deber cumplido que le compense de los sufrimientos morales que han amargado

su existencia en los últimos meses, á fin de que, cuando hayan transcurrido años y calmadas las pasiones se hable de la campaña de Filipinas, pueda decirse que los esfuerzos de nuestros soldados no fueron estériles del todo, porque legaron á la posteridad nombres ilustres como los del General Marina, Arteaga y Dugiols, á los cuales debe guardar profundo reconocimiento la patria, y sentirse orgullosa de haberles llamado hijos.

Madrid 19 de Febrero de 1900.

DONOSTIYA-RI

Zeñen uso ederra
zeraden agertzen,
zure diña beste bat
ezta alderatzen;
dituzunian zure
eguak zabalten,
zuri begira pozez
dira denak jartzen.

Itsaz ertzean zaude
chit kontuz jarrita,
dirurizu zaudela
urak ekarrita;
erri bat berrirotik
egiten asita,
ez luteke egingo
zu beziñ polita.

Erbestekuarentzat
zera maitatiya,
euskaldunentzat berriz
pozezko kabiya;
zuzena ta tentia,
chukun ta garbiya,
bedeinkatua izan
bedi Donostiya,

JOSÉ ARTOLA.